

Oviedo, la proyección del crecimiento urbano sobre el terrazgo

SERGIO
 TOMÉ FERNÁNDEZ

42

Al igual que cualquier ciudad de tamaño medio y desarrollo reciente, Oviedo deja advertir su pasado rural de manera muy diversa. Ciertos elementos del paisaje urbano, como el trazado viario, el dibujo de los solares y hasta las formas de ocupación, reproducen en ocasiones con alguna fidelidad la morfología agraria precedente. Por lo mismo, la dirección que ha seguido en cada etapa el crecimiento en superficie revela una estrecha subordinación a la estructura de propiedad rústica; ésta representó, según fueran sus características y dinámica, bien una barrera o un flanco de menor resistencia a la urbanización, orientándola pocas veces conforme a la lógica.

En otro orden de cosas también queda, llamando a la memoria, la toponimia de calles y barrios, donde el vocablo más reiterado acaso sea *campo* (de los Reyes, de la Vega, de los Patos, Campillín...). El propio Campo de San Francisco, único parque histórico, semeja un retazo de la fronda que ayer realzaba la ciudad. Muchos otros nombres: Pumarín, La Ería y Olivares; como Las Huertas, Paraíso, La Florida o El Fresno, recuerdan aprovechamientos o aluden a una vegetación perdida.

Visto de distinto modo, esos vestigios del campo denuncian la oportuni-

dad que Oviedo desperdició de integrar sabiamente su expansión en un entorno natural sin duda privilegiado. El monte Naranco y demás elevaciones, debidamente preservadas de otras construcciones que no fueran las rurales, deberían haber servido al menos como perspectiva visual para avenidas y paseos. Pero la misma calle principal, Uría, sólo adivina la inmediata presencia del Naranco tras una pantalla de improvisadas edificaciones. Al menos eso retrasa la decepción que produce de cerca el monte, largamente castigado por la incuria, en espera de que el Plan Especial confeccionado por estas fechas ofrezca algún remedio.

Con igual razón, la abrupta topografía del concejo ofrecía condiciones óptimas para el desarrollo de asentamientos ciudad-jardín, tránsito razonable hacia el cinturón propiamente rural. Sin embargo, la mayor parte del caserío responde a construcción compacta y en altura, tan falta de orden como de gusto.

Todavía es preciso aludir al tapiz vegetal, pues el traspais de la ciudad ha visto reducida su cobertura arbórea a la mínima expresión, y en el interior del casco la situación no es más satisfactoria. Sin perjuicio de reconocer el esfuerzo reciente para establecer parques y jardines periféricos, no conviene olvi-

dar que el arbolado sólo ha hecho aparición en las calles durante los últimos años. Antes, exceptuando el Campo de San Francisco y el Campillín, podía recorrerse el centro urbano sin encontrar casi otra sombra que la proporcionada por los aligustres de la calle Cervantes.

El inadecuado acoplamiento de la ciudad con sus alrededores se traduce desde luego en una merma de calidad urbanística, dado que Oviedo parece siempre mostrar su trasera a quien se aproxima desde cualquier dirección. La inexistencia de un curso fluvial contribuyó también a dificultar la formación de una fachada urbana, pues el cuadrado de casas asociadas al Campo de San Francisco no podría considerarse mucho más que un patio interior. Pero se han desaprovechado otras posibilidades, como la de abrir un largo paseomirador desde San Lázaro hasta El Cristo, con arquitectura obligada a manera de *frente noble*, que por su orientación a mediodía tendría vista al vigoroso maticizo del Aramo.

La ciudad preindustrial y su campo

Casi mediado el pasado siglo, en el momento preliminar de las mayores transformaciones contemporáneas, el tejido urbano de Oviedo (14.000 h. en

1857) obedecía esencialmente a la configuración medieval de origen. El recinto murado (11 Has.) dio al plano una componente circular, por sujeción a la colina que sirviera de emplazamiento. Fuera de la cerca se desplegaba una corona de arrabales camineros, a manera de largos brazos en figura radial, desconectados por vastos espacios rurales que alcanzaban las puertas de la ciudad. Únicamente introdujo cierto macizamiento en el caserío la incorporación a mediodía de la plaza Mayor y el barrio mercantil del Fontán, durante el Antiguo Régimen.

Aquellos arrabales, plenamente campesinos, repetían un mismo esquema formal: corredores de apretada edificación, reflejo de un catastro de longueros en serie, cuyo desarrollo perdía continuidad al pie de algún establecimiento religioso. Por lo general tenían origen o morían en un *campo*, explanada irregular orillada de casas y hórreos, dedicada acaso a mercado.

En cuanto a la organización del terrazgo se refiere, simplificando mucho las cosas podría establecerse una división del solar circunstante a la ciudad en dos mitades relativamente bien diferenciadas: nororiental una, suroccidental la otra.

La primera, vertebrada de septentrión a levante por arrabales bien poblados (Foncalada, La Vega, Los Postigos y Santo Domingo), fundamentaba parte de su singularidad en razones topográficas. La colina de Oviedo exhibe en esa dirección una ladera de acusada pendiente, habiendo 35 metros de desnivel entre Cimadevilla y el Campo de la Vega, discontinuidad que se traduce como *parte trasera* de la ciudad. Por debajo de la curva de nivel de los 200 metros el terreno adquiere ya una cierta planitud y está bien regado por los arroyos (Foncalada, Santullano, Fozaneldi) que vierten al río Nora; la naturaleza aluvial del suelo lo hace capaz de responder satisfactoriamente al aprovechamiento agrícola intensivo.

De ahí la ocupación, tanto en la falda como en la vega, con un cinturón de

huertos: los *celleros*; irrigados con las aguas fecales, abastecían el mercado urbano de legumbres y hortalizas. El paisaje de pequeños predios equivalentes en extensión tuvo, sin embargo, su contrapunto en dos grandes fincas de propiedad talar, las de Santo Domingo y Santa María de La Vega.

A mediodía y poniente, en el arco comprendido entre los arrabales de Puerta Nueva, Rosal, San Francisco y Santa Clara, el marco natural y los usos humanos guardaban no mucha similitud con lo antedicho. La colina resulta desde aquí un hito topográfico apenas perceptible, y las altitudes se incrementan gradualmente con el alejamiento de la ciudad, definiendo un carácter de *parte alta* en oposición al oriente deprimido.

El espacio correspondiente a huertos tenía ahí una participación menor, restringida a las traseras de las casas del Rosal y Los Estancos. El límite del casco venía determinado por el amplio *campo* propio de la comunidad de San Francisco, mencionado ya en escrituras renacentistas, ocupando una extensión muy superior a la actual. Cierta fracción (bosque, praderío) constituyó desde antiguo terreno de recreo y común aprovechamiento por parte del pueblo, uso público derivado ya en un incipiente arreglo como parque urbano (salón del Bombé, paseo del Eslabón); aún así, el paraje más artificialmente ordenado seguía siendo el jardín botánico, a la espalda del convento de la Orden Tercera.

Camino de occidente el Campo dejaba paso a la vasta huerta del Hospicio, una de las mayores pertenencias junto con la correspondiente al convento de Santa Clara (alrededor de una hectárea y el mismo uso), ésta ya pegada a la población. Fuera de ahí se abría un mosaico de tierras de labor y praderío, con heredades de tamaño medio relativamente grande.

En el entorno menos inmediato a la ciudad se sabe de alguna finca significativa, por su tamaño o utilización, como

el Campo de los Reyes, aproximadamente coincidente con el actual barrio de Teatinos. En el siglo XVIII habría sido (al decir de Tolivar Faes) pasto comunal y abrevadero, dada su condición de lugar húmedo, que pudiera obedecer tanto a la existencia de algún manantial como al difícil drenaje, causa del estancamiento de las aguas en los terrenos más bajos. El Campo albergaba también un antiguo plantío, que los vecinos fueron talando para practicar cierras. Pero de esa propiedad, como de otras protagonistas en el ulterior desarrollo urbano, nos ocupamos más adelante.

El primer impulso de crecimiento y la regresión del borde rural (1850-1910)

Una industrialización falta de continuidad

A partir del segundo tercio del Ochocientos, Oviedo conoció el conjunto de cambios que acompañan la venida del capitalismo: nuevas actividades industriales, incremento demográfico, una composición social diferente y profundas transformaciones en el paisaje urbano. Evidencias todas del despegue minero y fabril asturiano, que repercuten en la capital de un modo peculiar.

La industrialización tuvo su primera muestra al ser maquinizadas hacia 1850 las labores de la Fábrica de Armas, mayor agente de desarrollo tanto por su plantilla (mil empleados) como por fomentar la apertura de fundiciones metalúrgicas, a las que se suman no tardando otras empresas (tenerías, la fábrica del gas y una tabacalera de vida efímera).

Esos establecimientos hallan acomodo en los arrabales, aprovechando la liberación de una gran masa de bienes raíces gracias al proceso desamortizador. Santa María de La Vega recibe la Fá-

brica de Armas (1854) y el Campo de San Francisco pierde un fragmento en favor de la fundición La Amistad (1856). Por su parte el gasómetro fue alzado sobre la huerta del Deán, a la sazón cedida en colonato, al borde mismo de la cerca (calle Paraíso). El otro taller metalúrgico de mayor entidad, Bertrand, ocuparía parte de la huerta desafectada al ex-convento de Clarisas.

Llegada la Restauración, el dinamismo de los concejos hulleros y portuarios restó primacía a la capital como receptora de inversiones, en todo caso desplazadas (por razones técnicas e ideológicas) hacia la Cuenca de Oviedo, en un radio inferior a diez kilómetros del casco. Allí, donde no había más tradición que la representada por la Fábrica de Cañones de Trubia (vinculada a los talleres ovetenses), aparecen desde 1880 hornos cerámicos y fábricas de explosivos, amparadas éstas en la minería y los ferrocarriles.

Con tales fuentes de actividad, la ciudad y su traspais (La Manjoya, Lugones, Trubia) acogían en la década de 1890 un volumen de 2.700 obreros, la mitad de ellos en el mismo Oviedo, contribuyendo a engrosar el censo (20.100 habitantes en 1887, 44% más que en 1857). Y aunque el proceso industrializador haya perdido vigor de una forma definitiva en el casco urbano, la yuxtaposición de las formas fabriles y la habitación proletaria sobre el reborde agrícola ya había producido una llamativa regresión de los contenidos rurales. La Vega y Santullano, como arrabales *armeros*; Santa Clara-Los Estancos como núcleos metalúrgicos, ven desaparecer hórreos y paneras para adquirir una fisonomía más próxima a lo urbano, en su manifestación peor.

El Oviedo fin de siglo prefiere desempeñar un papel de centro director en la organización económica regional. A tal efecto, su privilegiada posición (capital, encrucijada, centro físico) no hizo sino reforzarse con la puesta en valor de los recursos asturianos, en un radio de treinta kilómetros alrededor de

la ciudad, que preside la infraestructura de comunicaciones. Si a ello sumamos la capacidad que reúnen las grandes fortunas ovetenses, resulta lógico que desde allí se asuman las riendas provinciales, en la medida que lo permite la intervención foránea.

Las transformaciones antedichas trastocaron profundamente la estructura social urbana. La aristocracia rentista había sido desplazada y después asimilada por una burguesía cuyo ascenso se sostiene con los títulos de propiedades desvinculadas, capitales ultramarinos y concesiones mineras. Ese grupo condujo sus inversiones hacia la industria, finanzas, comercio y valores inmobiliarios. En el extremo contrapuesto los obreros y sus familias totalizaban en 1894 no menos de diez mil almas (45% del total).

Gracias a la repatriación de los capitales antillanos en 1898 se establecen todavía algunas factorías industriales (metal, alimentación), ayudando a consolidar un pequeño núcleo de talleres y almacenes en el praderío próximo a la estación de ferrocarril. Si la pérdida de peso del sector manufacturero permitía preservar un tono social pudiente, sin embargo la alternativa económica, el sector servicios, no basta para alimentar un aumento considerable de la población; en efecto, la ciudad no alcanzaba en 1910 los 26.000 habitantes.

La formación del ensanche

En Oviedo, como en la generalidad, el primer signo de modernización no fue tanto la extensión del radio urbano como la reforma interior del casco preindustrial, aprovechando una serie de factores (desmantelación de la cerca, desamortizaciones) que estimulan la renovación del caserío y permiten corregir el trazo de calles y plazas.

Junto con los derribos se produjo un relleno en altura y la ocupación de los escasos espacios libres internos (huertos, jardines), últimos vestigios rurales. Pero aquella colmatación no basta para afrontar la demanda de suelo y vivien-

da, ni puede satisfacer las necesidades de la burguesía, deseosa de un espacio propio y distante de los menos afortunados. En esas circunstancias, la introducción del pensamiento liberal a la llegada del ferrocarril (1874, y 1884 la conexión con Madrid) trae como resultado un primer desbordamiento del casco.

La dirección elegida para realizar el ensanche fue Poniente: camino de la Estación, sobre terreno plano y fragmentado en importantes propiedades susceptibles de un fácil cambio de uso. El Campo de San Francisco y la huerta de Santa Clara habían revertido a titularidad pública; el jardín y huerta de la Inclusa ofrecía escaso impedimento a la urbanización, y el catastro restante comprendía prados pertenecientes al ferrocarril, pequeños huertos y una *ería* (tierra de cultivo, cercada, de uso colectivo).

Ahora bien, los agentes sociales dominantes vetaron la elaboración de un proyecto de Ensanche, por ver con él coartada la posibilidad de maniobra en el proceso de producción de suelo urbano. En su defecto, la superficie de la ciudad va a extenderse por adición de operaciones sucesivas, con distinta magnitud, entre 1857 y 1910.

El planeamiento se redujo prácticamente a la apertura de algunos grandes ejes. A saber, la carretera del Campo (Campomanes, Santa Susana, 1857) afectaba al jardín, huertos y prados (Prado Picón) del Duque del Parque, fraccionados en solares que adquiere la burguesía financiera y propietaria. Por su parte la calle Uría (1878), llamada a destacarse como itinerario hacia la Estación, fue trazada sobre el Campo de San Francisco y el jardín de la Inclusa.

Después se procedió a la soldadura de esas avenidas con los arrabales inmediatos (Santa Clara, Rosal) y con el Campo de San Francisco, que tras reiterados intentos de privatización queda parcialmente respetado como parque, con una dimensión muy inferior a la original.

Las parcelaciones (públicas y privadas) van a representar desde 1880 el

mecanismo de producción de suelo utilizado para completar el ensanche. Así, la fragmentación del Prado Picón deja urbanizar el espacio comprendido entre Campomanes y el Rosal. A su vez, el indiano Anselmo González del Valle abre calles y lotifica la quinta de Villazón (3 Has.), finca de recreo entre la calle Uría y el Hospicio. Más al oeste, en el conjunto de prados y labrantíos denominado Llamaquique, ya en parte colonizado por el Hospital-Manicomio y el Campo de Maniobras, el banquero Policarpo Herrero puso en el mercado 6,6 Has. de terreno. Frente al protagonismo de los particulares, la iniciativa pública sólo interviene con el derribo y urbanización del convento de San Francisco, que hizo desaparecer también el vivero y una fracción del botánico.

Por ese procedimiento se incorporaban a la ciudad más de 14 Has. de suelo, sujeto a plano regular, formando anillo alrededor del Campo. El barrio resultante reunirá características de un ensanche burgués, al ser lentamente ocupado con villas ajardinadas o casas de pisos, aunque en las proximidades del ferrocarril arraigan los usos industriales. Precisamente la apertura de la carretera desde la Estación a la Fábrica de Armas (calle General Elorza) hará de la vega septentrional el límite del ensanche, prolongado a modo de circunvalación mediante el camino de Ronda (carretera de Galicia, Santa Susana, Campomanes).

En disonancia con el nuevo Oviedo pudiente algunos arrabales históricos veían proliferar, con las naves industriales, casas de vecindad y *barrios ocultos* (conjuntos de habitaciones obreras emplazadas en patios traseros de otros edificios), ganando espacio a huertos, pumaradas y prados. El hacinamiento y la insalubridad darán allí un nuevo sentido, ya no exclusivamente topográfico, a la denominación de *barrios bajos*.

En el casco de Santullano y La Vega, respectivamente vertebrados por las carreteras de Gijón y Santander, la margi-

nación obedecía igualmente a una barrera física: el ferrocarril Vasco-Asturiano (1899). Trazado sobre los *celleros* de Regla y La Vega, dibujaba un arco al pie de la colina para desembocar en el arrabal de La Gascona, donde se construye la estación.

Puesto que el ferrocarril del Norte rodeaba la ciudad por el extremo occidental, y, aunque a mayor distancia, la línea de los ferrocarriles económicos (1891) obra similar efecto al norte, finalizado el siglo comienza a vislumbrarse la repercusión negativa que para el crecimiento en superficie iba a tener aquel *cinturón de hierro*. Como tal barrera incide enseguida en la diferenciación sociofuncional del borde urbano. Por ejemplo, la construcción del depósito de máquinas y los talleres de la Compañía del Norte en Vallobín (1905) constituye el embrión del barrio ferroviario de La Argañosa; topónimo que quizá hace referencia a una vegetación de martrral.

Las bases de ocupación del extrarradio (1910-1936)

En el tercio inaugural del siglo XX se hizo más firme la vocación terciaria de la ciudad, al estrechar relaciones con el centro de la región, cuyo aparato productivo se había expandido durante la Primera Gran Guerra. Después las circunstancias se tornan menos favorables, pero la progresiva concentración demográfica en los concejos de la Asturias media y el desarrollo de los transportes intervienen en apoyo del sector servicios ovetense. La potencia de éste va siendo suficiente como para sustentar un flujo inmigratorio de cierta magnitud, gracias al cual la ciudad alcanzó los 42.000 habitantes en 1930.

Al propio tiempo, la sencilla composición del espacio urbano (casco antiguo y ensanche) se enriquecía con el añadido de un nuevo elemento, la periferia, cuya entrada en actividad provoca

que las otras unidades urbanas cobren un significado relativamente diferente dentro del conjunto. En la ciudad histórica continuaba la reforma interior, signo de dinamismo que no basta para evitar la pérdida de la centralidad en favor del ensanche, y por tanto una cierta marginación.

El sector de expansión decimonónica (barrio de Uría) es ahora centro físico, con relación a la naciente periferia. Pero su urbanización todavía está completándose, con operaciones como la que hizo desaparecer el antiguo ferrial del Campo del Hospicio, cuya alameda deja paso en los años treinta al Gobierno Civil y la calle General Yagüe. Las profusas edificaciones que irán poblando aquella parte de la ciudad atestigüaban cada vez en mayor medida una selección de usos, a favor de la residencia burguesa y los contenidos económicos propios del centro urbano.

Parcelaciones, colonias y quintas

Fuera del casco la urbanización se abrió paso de forma discontinua y desarticulada, al fracasar los intentos de ordenar el crecimiento. En efecto, durante la Dictadura de Primo de Rivera se elaboran dos proyectos de Ensanche, con una intencionalidad ideológica que no los salva del fracaso. El de Anasagasti y Sol (1925), para el Suroeste, pretendía extender la ciudad de Buenavista. La extensión afectada (100 Has.) comprendía 684 fincas de propietarios tan influyentes como el Obispado (15 Has.) y algunos patricios locales, que no admiten un trazado generoso en espacios libres.

Si aquel proyecto incumbía a la parte alta, el otro plan de Ensanche (Casariego-Sánchez del Río, 1927) toma como espacio de referencia Nordeste, es decir la parte baja (60 metros de desnivel medio con respecto a Buenavista), y en consecuencia el Oviedo obrero. Para el desarrollo de éste se quieren comprometer 90 Has. de praderío, huertos y pumaradas, regados con aguas residuales que corrían al descubierto. Alrede-

dor de la tercera parte del plano de Ensanche va a corresponderse con la antigua quinta de Velarde, a la sazón fraccionada; uno de sus propietarios, el banquero Herrero, poseía al menos 17 Has. de prado; el conde de Nava, unas 3 Has.

La inoperancia de aquellos planes hace que el principal instrumento de producción de suelo vuelva a ser, como en el XIX, la parcelación particular. Desde los años veinte fue promovida la parcelación de una decena de fincas muy desiguales en tamaño (la mayor, 8 Has.), que suponen la puesta en valor de aproximadamente 50 hectáreas de terreno, a edificar con hotelitos para destinatarios de nivel medio o acomodado.

Su localización es diversa, pues lo mismo completan el ensanche (Prado Picón) que inauguran frentes de crecimiento en varias direcciones, aunque preferentemente hacia la parte alta. Así lo demuestra la temprana ocupación del monte Naranco, invadiendo praderío (Ciudad Naranco, 7,5 Has.), carbayedos (Colonia Astur, 4 Has.) o monte bajo (La Matorra).

A la periferización del crecimiento contribuyeron también la Ley de Casas Baratas y la puesta en servicio del tranvía eléctrico, que relativiza el factor distancia, permitiendo que grupos poseedores de recursos limitados urbanicen suelo rústico obtenido a bajo precio. Entre 1919 y 1936 el cinturón rural queda salpicado por trece colonias de Casas Baratas, patrocinio del Ayuntamiento o cooperativas de obreros y empleados, que acceden a viviendas unifamiliares de calidad contrastada.

Aunque la edificación abierta de casas-jardín formó pequeñas manchas y pasillos repartidos por la periferia, sin embargo los contenidos sociales y la morfología subrayaban la tradicional diferenciación entre poniente y levante. En la mitad este es más numerosa la población trabajadora asociada con equipamientos de rechazo (mercado de ganados, matadero, asilo, cuartel), sobre

un marco espacial coordinado por los arabales históricos, carreteras de salida y núcleos rurales próximos.

Independientemente de las parcelaciones y colonias, brotaron durante la primera parte del siglo activos polos de edificación en el mismo arco oriental (Tenderina, Pumarín, Santullano, San Lázaro) y en La Argañosa, dibujando asentamientos en corredor. Con frecuencia, los propietarios de fincas rústicas asomadas a la carretera abrían calles particulares de escasa longitud, que dieron al viario de los barrios una figura en espina de pez. De no ser así, las construcciones de nueva planta se sujetaban al perfil de los caminos rurales, sin haber sido previamente rectificadas la alineación de éstos, lo cual se traduce en desorden.

La superposición espontánea de lo urbano a lo rural y la entremezcla de usos urbanos resumen entonces los rasgos del extrarradio, espacio cada vez más complejo. El límite más allá del cual todavía no alcanzan las transformaciones venía señalado por una aureola de quintas de recreo (Candamo, Montes, Velarde, Longoria, Campomanes), representadas ya en el plano de 1917, pero que no tendrán un papel decisivo en la expansión de la ciudad antes de mediado el siglo.

La Guerra Civil y la reconstrucción

Ya durante el episodio revolucionario de octubre de 1934 Oviedo sirvió como escenario para violentos combates, que ocasionan cuantiosos daños a casas particulares y edificios públicos, con mayor incidencia en el casco preindustrial y el centro urbano. Casi sin tiempo de reponer las pérdidas, el alzamiento de las fuerzas conservadoras en 1936 suscitó una firme respuesta por parte del gobierno republicano, que asedia la ciudad por espacio de noventa días. Cuando lleguen las columnas gallegas rompiendo definitivamente el cerco, Oviedo está destruida en una

proporción no muy inferior al 75% de su caserío.

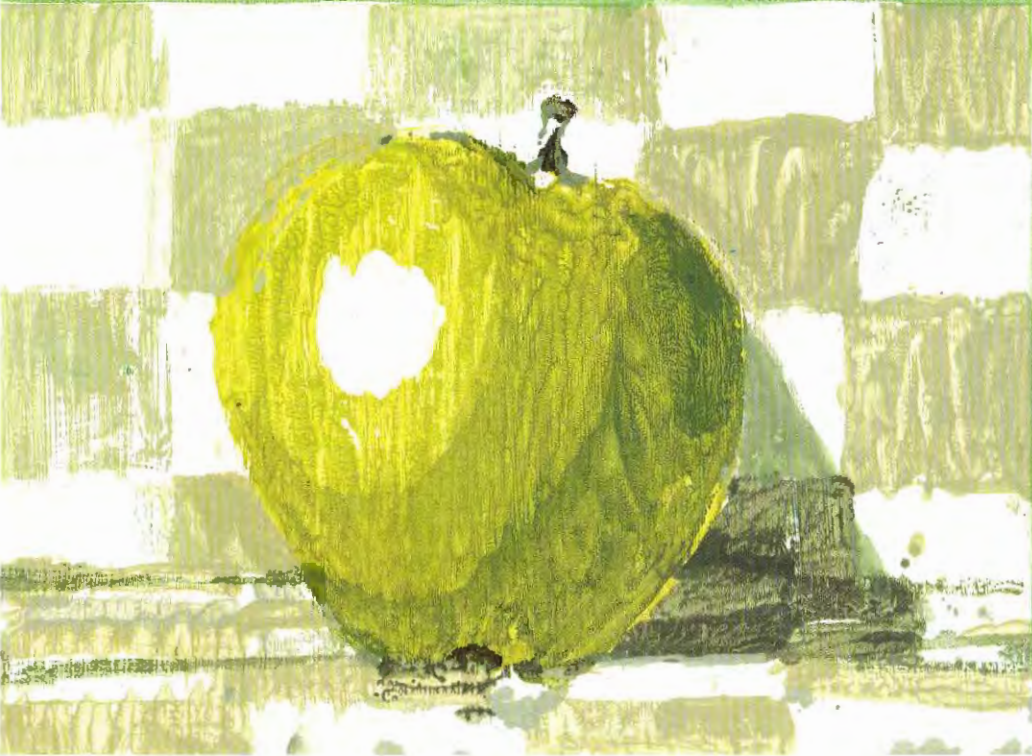
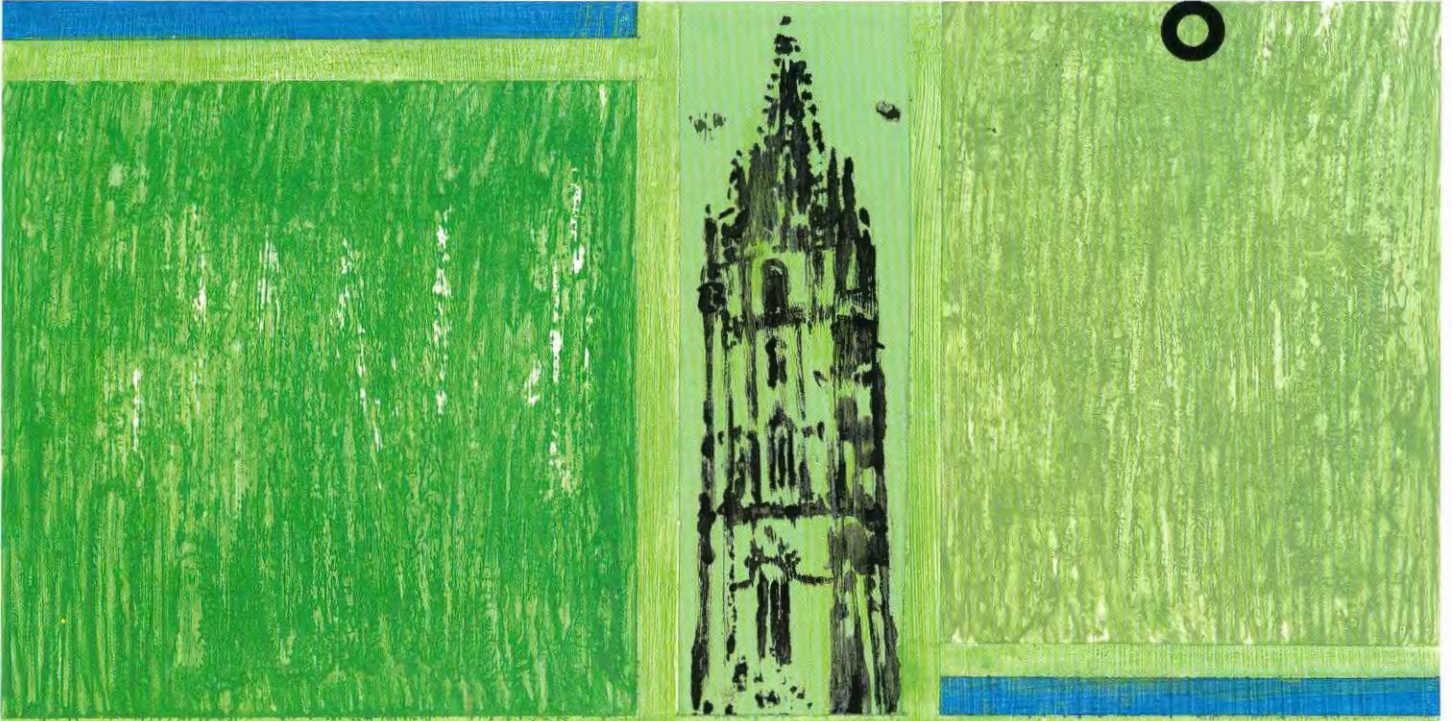
Aquel arrasamiento fue instrumentalizado políticamente por los vencedores, deseosos de transmitir con la reconstrucción de Oviedo los valores enarbolados por el nuevo régimen. A tal propósito vio la luz el Plan de Urbanización de 1941, redactado por Germán Gamazo, con idea de corregir las malformaciones heredadas y ordenar el crecimiento en sentido integral.

Incapaz de ofrecer un modelo del supuesto urbanismo franquista, el plan Gamazo incorpora postulados universales a la hora de distribuir los usos del suelo (industria, vivienda, equipamientos), sólo que forzando la segregación social a partir de criterios topográficos y de distancia al centro urbano.

Insistiendo en la contraposición preexistente, la vega nororiental debería alojar los usos industriales y la residencia obrera. Buenavista, una especie de *barrio de Salamanca* en prolongación del barrio de Uría. Otras líneas de crecimiento, como la vertiente del Naranco, el mirador del Aramo o Fozaneldi, quedaban reservadas para edificación unifamiliar; acierto éste similar al que representaban el desarrollo de la red arterial (nuevos accesos, ronda interior) y la difuminación de los equipamientos.

Tan irrepentible ocasión de mejorar la ciudad fue sacrificada, por la mala administración y el lucrativo negocio en que se torna la reconstrucción. Las propuestas de crecimiento en superficie van a chocar contra una estructura de propiedad dominada por la nobleza (5 títulos poseían 42 fincas, 38 Has.) y las familias encumbradas con la desamortización y los negocios decimonónicos; patrimonios no exageradamente extensos, pero sí fraccionados en un catastro minifundista que entorpece el proceso de urbanización.

No habiendo interés en desarrollar el futuro barrio de Buenavista, pues la demanda proveniente de los grupos acomodados podía solventarse con mayor beneficio mediante derribos en el cen-



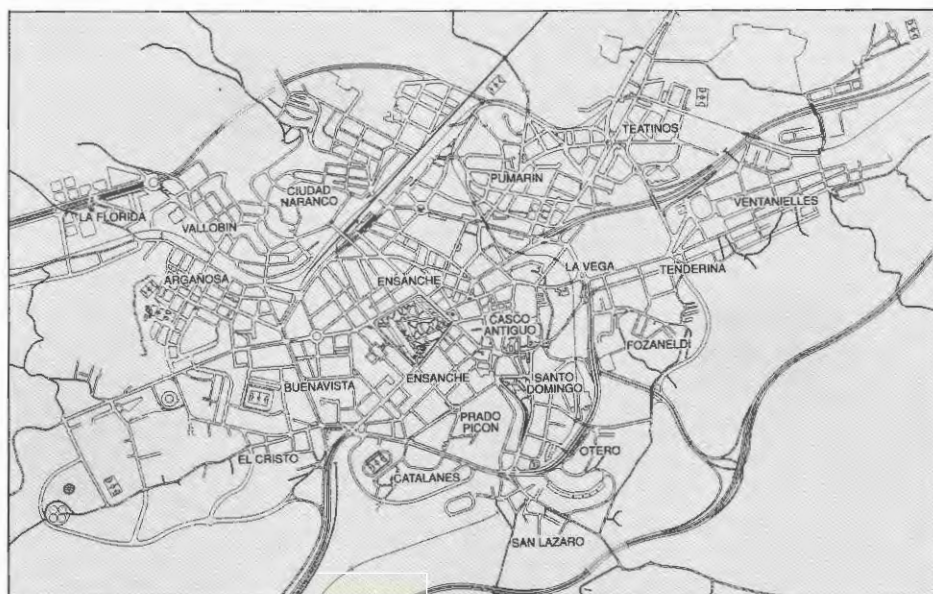
tro, únicamente la mitad Levante de la ciudad vio realizaciones relativamente acordes a lo prescrito por Gamazo.

Entre las carreteras de Santander, Gijón y Pumarín, la vega baja resulta territorio adecuado para apartar a los menos afortunados, en parte expulsados por la reforma interior del barrio de Santo Domingo. Esos grupos pasan a poblar asentamientos ultrabaratados de composición singular: los albergues de San Lázaro fueron construidos en el mercado de ganados. La colonia Ceano ocuparía los prados de Velarde; la de Guillén Lafuerza es llevada a las lomas de Ventanielles, y la colonia Fozaneldi se erige sobre la *ería* homónima, el lugar más hundido en el radio inmediato a la ciudad.

Si a eso añadimos el grupo José Antonio, levantado en los huertos de Pumarín, resultan únicamente 957 viviendas de iniciativa pública entre 1939 y 1950, saldo que no alcanzaba para cubrir las necesidades más perentorias. Habrá que esperar a 1955 para encontrar una intervención estatal de envergadura, dentro del Plan de Urgencia Social de Asturias. Su resultado fue el primer polígono de la ciudad, Ventanielles (15 Has., 2.100 viviendas protegidas), recalificando terrenos que por sus condiciones adversas habían sido reservados para uso industrial en el Plan de 1941; en el momento de expropiar su aprovechamiento era de huertos, llevados por arrendatarios.

Entretanto, la promoción privada concentró obviamente sus inversiones en el interior, sin perjuicio de lo cual la ciudad se extiende antes de 1950 en direcciones determinadas, desmantelando el espacio rural. Focos de cierta actividad fueron el corredor de La Argañosa y la *ería* del mismo nombre; las parcelaciones del Naranco, donde pronto se consiente una edificación cerrada, y los barrios de Pumarín y La Tenderina, sin olvidar la ocupación de terrenos desamortizados un siglo atrás al convento de Santo Domingo.

Frente al extrarradio heredado del primer tercio de siglo, con un tapiz de casas-



Toponimia de los barrios.

jardín, en la periferia del Oviedo franquista se impone la construcción compacta desde los años cincuenta. Tan lamentable cambio de criterio es un episodio más en el entierro del plan Gamazo, reducido a unos pocos elementos aislados: la avenida de Torrelavega, trazada sobre los *celleros* de la vega; la reforma interior de Santo Domingo, y la vía de penetración desde Gijón, que atraviesa el Campo de los Reyes y la quinta de Velarde.

La ciudad del desarrollo económico

El tiempo que sigue a 1960 conoció un llamativo despegue del sector servicios, propulsado por el crecimiento industrial asturiano y la consecuente elevación del poder adquisitivo, aunque también influyeron el desarrollo de las comunicaciones y la motorización. El terciario ovetense encuentra sus pilares en la Administración, enseñanza, sanidad y transporte; sin olvidar las sedes matrices de las grandes empresas regionales, que aportan un cuadro profesional uniformador de la estructura social urbana.

Correlativamente la ciudad se provee de un sólido equipamiento comercial en el entorno de la calle Uría, para servicio propio y de los concejos del centro de Asturias, estrechamente vinculados a la capital mediante movimientos pendulares masivos. Mientras las actividades de servicios adquirirían hipertrofia en el centro urbano, e intensificaban su presencia en los barrios, la industria no mantiene sino una permanencia relictual dentro del casco.

Esa selección funcional fue estimulada por el Polo de Desarrollo (1969), que atrae los establecimientos de almacenaje, distribución e industrias de cobertura urbana hacia el cinturón metropolitano, desbordando el municipio de Oviedo para adentrarse en Llanera y Siero. Allí, a partir de diversos polígonos y asentamientos espontáneos se formarían los pasillos La Corredoria-Llanera y Cerdeño-Pola de Siero, liberando suelo en el continuo urbano para uso residencial.

Como es natural, el dinamismo económico suscitó un flujo inmigratorio que, aunado a la natalidad, incrementa

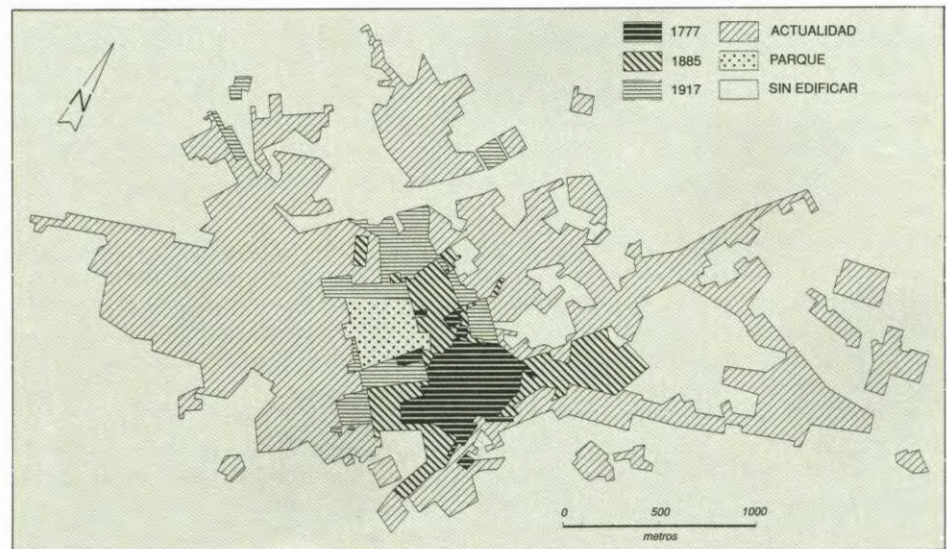
espectacularmente el censo ciudadano. Desde 71.600 habitantes en 1950 se pasa a 130.000 en 1970, valores que permiten hablar del mayor salto dentro de nuestro siglo.

Todo cuanto se ha dicho vendría desde luego aparejado con una profunda transformación espacial, que no fue debidamente ordenada mediante instrumentos de planeamiento eficaces. Ya en los últimos años cincuenta el plan Gamazo queda prácticamente reducido a la nada, a fuerza de modificaciones, produciéndose una situación de vacío hasta que en 1967 sea presentado el primer Plan General de Ordenación Urbana (Plan Mesones).

Ese proyecto, aunque animado por principios de clase y fundamentado en unas previsiones de desarrollo excesivamente optimistas, daba no obstante respuesta a las necesidades planteadas por el crecimiento urbano. El modelo de ciudad propuesto significaba multiplicar la superficie urbanizada mediante una expansión lineal dirigida hacia la Cuenca de Oviedo y en dirección a San Claudio; es decir, con sentido este-oeste para aprovechar los terrenos de mayor planitud, sorteando las barreras naturales existentes al norte y al sur, con pendientes superiores al 15%.

La ciudad debía articularse a partir de polígonos autónomos, conectados por medio de un complejo sistema de vías de circulación rápida. De haberse llevado a la práctica Oviedo probablemente no padecería ahora los graves problemas de falta de suelo, congestión del tránsito y centralización de equipamientos. Sin embargo, el Plan Mesones dio contados frutos, pues prácticamente ninguno de los planes parciales elaborados para polígonos residenciales o industriales se ejecuta en su totalidad, y no sin profundos retoques.

El proceso urbano se desenvuelve por ello en relativa improvisación, al dictado de un capital inmobiliario fortalecido por la inflación de los precios del suelo y la construcción masiva de pisos para la venta. De esa lógica del beneficio a corto plazo resultaron un con-



Etapas de crecimiento.

siderable crecimiento en superficie (la ciudad alcanza 530 Has. de extensión en 1976, frente a 112 Has. en 1917) y una edificación periférica a gran escala.

Lo cual no quiere decir que el interior quede descartado como campo de inversión. Es cierto que el casco antiguo registra escasa actividad constructora, viéndose reducido a fenómenos de vaciado y degradación, pero sin perder sus funciones tradicionales. Ahora bien, el ensanche de Uría es quizá la unidad más dinámica durante el período desarrollista: se ocupan los últimos solares, mientras las naves industriales y los palacetes ochocentistas desaparecen para dar paso a apartamentos de lujo, oficinas y locales comerciales.

Los polígonos y los barrios-masa

La presión de los usos terciarios en el centro, y el enriquecimiento de ciertos estratos sociales, harán preciso ganar espacio para la residencia acomodada en dirección suroeste; es decir hacia la parte alta. Una vez colmatada la antigua finca de Llamaquique (calles Cervantes, Asturias), que se parceló en el XIX, y las

márgenes de la avenida de Galicia, ya se dan condiciones para incorporar el sector de Buenavista.

A comienzo de los años setenta se urbaniza como polígono aquel mosaico de prados y escasas fincas de aprovechamiento agrícola, interesando una superficie de 30 Has. La edificación es abierta, con bloques y torres promovidos por cooperativas de funcionarios o profesionales, aunque al alejarse del centro decae el tono elitista.

También hacia el Oeste, el entorno de la calle Valentín Masip fue apéndice natural del Oviedo pudiente, en versión algo más modesta. El eje que articula el barrio se franqueó en los años cincuenta, sobre la *ería* de La Argañosa, pero sólo entra en actividad al amparo del Plan Parcial del Polígono San Pablo, materializado en una mínima parte.

Por las mismas fechas los grupos dominantes colonizarían otro frente de crecimiento, hacia el Sur, siguiendo la calle González Besada (terrenos del Prado Picón) en dirección al Fresno. Desde ahí se produce un avance más tardío hacia el antiguo cortijo y quinta de Los Catalanes, donde se construyeron diversas instalaciones universitarias des-

de la posguerra, y ya con la década de los ochenta bloques y torres de lujo.

Otros barrios que adquieren cierto peso en torno a 1970 están poblados por las crecientes clases medias (en menor medida medias-bajas): El Cristo-plaza de la Paz, una parte de Ciudad Naranco o Santo Domingo. Sus condiciones podían estimarse como favorables por razón de la altitud o, en el caso del último mencionado, por la apertura del parque del Campillín, despejando ruinas de la guerra en el prado donde antaño trabajaban los herreros.

Sin embargo, Ciudad Naranco perdió en gran medida su carácter ajardinado. Y lo que fuera delicioso paseo hasta la ermita del Cristo, coronando el escarpe de la *cuesta* de Oviedo, se puebla de vulgares construcciones que quitan vista al macizo del Aramo y le dan la espalda.

Por lo demás, al tinte mesocrático de la aureola meridional ayudaría en 1972 la puesta en marcha del polígono de Otero (17 Has.; 2.148 viviendas, parte de ellas de promoción pública), sobre una suave elevación que antes constituía terrazgo de huertos, prado y pastizal.

En cuanto al Oviedo propiamente obrero respecta, la producción de viviendas protegidas engrosó llamativamente el caserío de los asentamientos populares tradicionales. A la sombra de los talleres del ferrocarril, el pasillo de La Argañosa iba extendiéndose hasta alcanzar la depresión de Lavapiés. Del otro lado de la vía se rellena de casas la vaguada de Vallobín, en el pie suroccidental del Naranco. También San Lázaro queda encajonado entre bloques de ladrillo, camino del cementerio. Y, casi con mayor vitalidad que en ninguna otra parte, la vega baja del nordeste ve como Pumarín, Teatinos y La Tenderina se convierten en populosos barrios, una vez transformado su catastro.

Como ejemplo de las reparcelaciones efectuadas a principios de los setenta, en Teatinos se llevó a cabo una

fragmentación de fincas (de 68 se pasa a 125), siendo mayor beneficiario el marqués de San Esteban (9,3 Has.; 28 fincas reparceladas). En Pumarín, la atomización del catastro (ningún propietario alcanzaba 1 Ha.) requiere por el contrario una concentración parcelaria (de 107 a 68 fincas).

Esas operaciones no se acompañan empero de una ejecución integral de los planes parciales. Desechados los grandes ejes, se abren estrechas calles de segundo orden para colmar intersticios o completar la red de arterias particulares, así que la práctica totalidad de los flujos continúan gravitando sobre la carretera (Pumarín, Santander, antigua de Gijón) que diera origen a aquellos barrios. Si a ello sumamos la ausencia de control urbanístico, la densidad y baja calidad de las construcciones, el resultado se aproxima a la idea del barrio-masa, configurado a partir de calles corredor.

Las transformaciones más recientes

Desde hace poco más de un decenio Oviedo ha perdido algo del dinamismo anterior; incluso podría sostenerse que vino a menos como ciudad, desde criterios estrictamente urbanísticos. Esas afirmaciones deben ser, desde luego, matizadas. Por un lado, la población aumenta ahora más pausadamente (169.000 h. en 1981; 180.000 en 1990), debido al descenso de la natalidad, el envejecimiento y la disminución del aporte exógeno. Lo cual puede interpretarse como secuela de la crisis económica asturiana, que en alguna medida habrá de perjudicar igualmente el desarrollo del sector terciario ovetense. También es verdad que una parte de la población salida de los concejos hulleños, como de la Asturias rural en términos generales, viene a fijar su residencia en la capital.

Mientras la dinámica demográfica resulta escasamente progresiva, la estructura socioprofesional de la pobla-

ción gana uniformidad; el responsable es la expulsión de los grupos de escasos recursos a una periferia cada vez más alejada (Lugones, Collote, La Corredoria), por el desmesurado coste de la vivienda, en tanto que los trabajadores *de cuello blanco* tienen un peso creciente en el casco. Lo que podría llegar a ser una recomposición social interna, de la que ya hay indicios en la conquista de barrios populares por parte de las clases medias, hace preciso que nos detengamos en la evolución del sector servicios.

En términos funcionales la adjudicación de la capitalidad autonómica desencadenó un efecto multiplicador en favor del terciario superior, ahora plenamente consolidado, de tal forma que ayuda a alterar el uso del suelo en el centro de la ciudad. En efecto, la demanda de espacio por parte de esas funciones directoras ha hecho que aumente la superficie destinada a oficinas y actividades burocráticas en el radio más cercano al Campo de San Francisco; para propagarse desde ahí en una onda expansiva que alcanza el casco antiguo (con edificios nobles reformados) y el sector Llamaquique-Buenavista, donde van a ser concentradas ahora las Consejerías del Principado, en lo que fuera campo de maniobras militares.

Paralelamente el comercio continúa colonizando nuevas calles que suponen la extensión física del centro de negocios, al tiempo que se refuerzan los subcentros de barrio y aparecen en la periferia las grandes superficies. El reparto de las funciones urbanas habrá de modificarse todavía con mayor intensidad a corto plazo, si prospera la tentativa de introducir, en los barrios, ciertos equipamientos con alcance extralocal.

El alojamiento de las facultades universitarias de Humanidades en el antiguo cuartel del Milán (barrio de La Vega-Teatinos) ya es realidad. A ella podrían sumarse la construcción de un auditorio y palacio de congresos en el actual matadero de Teatinos, o el traslado de los hospitales desde Buenavista hasta el lu-

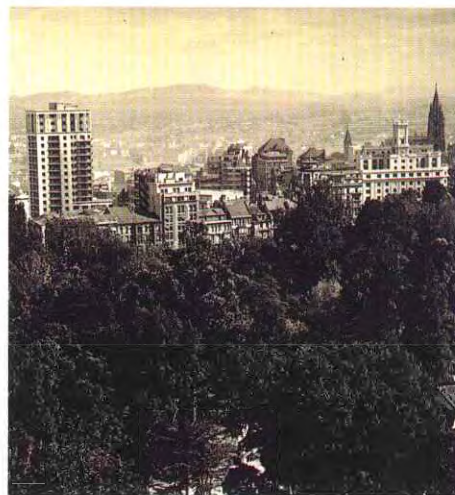
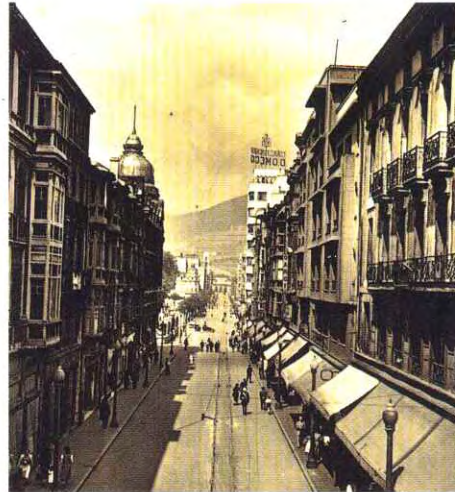
gar que hoy ocupa el manicomio (La Cadellada), liberando suelo para usos universitarios. Aparte de la invasión directa de terrenos ahora rústicos, en casos como el último mencionado, debe tenerse en cuenta el efecto inducido de incremento de los precios del suelo, que obrará alteraciones sustanciales tanto en el uso como en el significado social de ciertos barrios del borde urbano.

Un crecimiento espacial muy moderado

Hoy, quizá más que en el pasado, el desarrollo de la ciudad en horizontal tropieza con obstáculos de diferente naturaleza. Sería ocioso insistir en la topografía accidentada (las 3/5 partes del suelo concejal tienen una inclinación superior al 20%), más apropiada para un hábitat abierto de baja densidad que para el modelo urbano aplicado hasta ahora. Peor perspectiva ofrecen las diversas barreras acumuladas, por imprevisión, en las líneas naturales de crecimiento hacia los pocos espacios planos circundantes (Llanera, Siero). Y siguen pesando sobre Oviedo las veleidades especulativas de ciertos propietarios de terrenos, artífices de un muro invisible a la expansión racional.

De poco han servido los dos Planes Generales de Ordenación Urbana redactados en estos últimos años, en la medida en que no garantizan la producción de una masa de suelo significativamente grande, por haber concentrado esfuerzos en el remate de la ciudad existente y en el aprovechamiento integral del interior.

La escasez de suelo, artificialmente mantenida, eleva los precios hasta valores descabellados y sitúa el mercado de la vivienda en franca desproporción con el poder adquisitivo de la mayoría de los ciudadanos. Por añadidura, gran parte del crecimiento se está produciendo *hacia dentro*, rellenando vacíos interiores y renovando vigorosamente ciertos barrios (Argañosa, Fuertes Acevedo, Ciudad Naranco, La Vega), que pierden su contenido popular a beneficio de las clases medias.



La reconquista inmobiliaria no sólo afecta a las franjas medias de la ciudad, sino en idéntica medida al centro histórico. Allí son perceptibles diversos signos de recuperación (restauraciones, peatonalización, equipamientos), a cobijo del Plan Especial de 1989; pero eso no puede distraernos del hecho esencial, que es la inauguración del mercado de viviendas antiguas transformadas, para grupos de elevada capacidad de compra, en detrimento de la población tradicional. Algo no muy diferente sucede en el ensanche, poniendo de manifiesto una reactivación del uso residencial.

Dejando a un lado las consecuencias sociales de esa periferización de la pobreza, resulta preciso insistir en la idea del macizamiento urbano, por sus negativas repercusiones: sobredensidad humana, excesiva presión sobre la red viaria e insuficiencia de las redes técnicas y dotaciones. Eso por no mencionar la pérdida de calidad de la arquitectura, convertida a menudo en mera construcción.

En concordancia con lo anterior, la extensión en superficie del continuo urbano apenas está teniendo relevancia durante los últimos años. Entre las iniciativas más recientes pueden destacarse la urbanización La Monxina, en el cuadrante nororiental de la ciudad, sobre los prados que tapizaban la suave elevación de La Cadellada. Ahí se han construido varios centenares de viviendas, en las proximidades de una serie de elementos de rechazo (autopista, manicomio, antiguo asentamiento de chabolas de Matalablina); factor que, sumado a la distancia del centro, se traduce en una marginalidad no debidamente reflejada en los precios.

Cerca de allí, pero con un tono social sensiblemente mejor, el barrio de Teatinos queda definitivamente configurado al rellenar los prados supervivientes de la quinta de Velarde; el aprovechamiento con bloques de disposición abierta y cierta calidad, en contraste con la vivienda obrera del entorno, pone en evidencia una revalorización de la vega baja.

Resta por mencionar como operación más ambiciosa el polígono de La Florida, al Oeste, cuyo desarrollo longitudinal a partir de un gran bulevar se acomoda a la cuenca del río San Claudio. Esa urbanización, proyectada sobre pertenencias del Ayuntamiento y RENFE, prados, caserías y huertos periurbanos, guarda fidelidad a lo prescrito por el Plan General en el sentido de primar un vector de crecimiento occidental. Para dignificar aquel borde urbano, antes ferroviario y obrero, se abrió el parque Monte Alto al pie del Naranco. A escasa distancia, entre las carreteras de San Claudio y de Galicia, verá también la luz el extenso parque del Oeste, aprovechando una depresión ocupada por canteras abandonadas y escombreras.

La difusión del proceso urbanizador

Fuera de lo dicho la ciudad viene desencadenando, sobre todo a partir de 1960 y con particular vigor en las últimas décadas, una intensa e improvisada humanización de su traspais. El contorno periurbano es hoy un espacio heterogéneo, muy activo y de gran extensión, pues rebasa los límites del concejo (185 km²) para entrar en Llanera y Siero. Si exceptuamos éstos, sólo en la parte rural del municipio de Oviedo residen unos 20.000 habitantes, la mitad de ellos en las parroquias aledañas a la capital.

Gran parte de ese espacio conserva todavía en gran medida su carácter rural, puesto de manifiesto en un hábitat disperso de aldeas y caserías, y una actividad agropecuaria regresiva. La marginalidad de la agricultura queda ratificada por el hecho de que las tierras de labor (huertos, cultivos en erías y frutales) no reunían siquiera el 4% de la superficie concejil en 1990. El número de explotaciones agrarias, que son aún básicamente familiares y de reducida extensión (tamaño medio inferior a 3 Has.), se redujo a la mitad entre 1962 y 1982. Como es natural, el reflujó de la agricultura concuerda con una orientación ganadera, en virtud de la cual el

23% del territorio aparece ocupado por praderío.

Por otra parte, en el radio de diez kilómetros alrededor de la ciudad se formó desde 1880 un cinturón industrial de cierta importancia, a partir de asentamientos dispersos y vinculados en origen a un solo establecimiento. El primer número fabril fue Trubia, nacido por la Fábrica de Cañones (1797); a él se suman desde las postrimerías del XIX La Manjoya (pólvoras y dinamitas), Tudela Veguín (cemento), San Claudio (cerámica) y Olloniego (minería). Los demás componentes de esa periferia (Colloto, Lugones, Cayés), más diversos desde el punto de vista productivo, pertenecían a los concejos de Siero y Llanera; direcciones en lo sucesivo preferentes por motivos topográficos.

El Polo de Desarrollo (1969-1984) dio auge a los corredores Oviedo-Lugones y Colloto-Siero, colonizados por actividades de servicios que terciarizan el espacio industrial periurbano. En la actualidad las perspectivas de crecimiento son allí limitadas, por la crisis regional, del mismo modo que los asentamientos fabriles tradicionales atraviesan momentos difíciles o permanecen estancados.

Por fin, la aureola perimetral de Oviedo constituye un territorio bien diferenciado por la singularidad que adopta el proceso urbanizador, causa de un dinamismo inexistente en el resto del concejo. Efectivamente, en la franja de contacto encontramos las instalaciones, elementos y usos urbanos expulsados del casco, que a menudo representan un factor de deterioro para el espacio natural.

Sin entrar en una relación exhaustiva, puede destacarse por su efecto paisajístico la proliferación de canteras: la más extensa, explotada por ENSIDESA en la parte oriental del Naranco; otras (activas o abandonadas), en la cuenca de Oviedo, bien sea en el borde suroriental (San Esteban, La Grandota) o en el sector occidental de la misma (cuenca de San Claudio, carretera de La Coruña).

Siguiendo con los usos marginales, en materia de residuos sólidos es fuente de degradación el vertedero municipal y hasta medio centenar de basureros piratas (1990). Impacto muy negativo ocasiona también, en un plano muy distinto, la construcción de la nueva ronda, por requerir desmontes que han destruido el delicioso paisaje rural que servía como perspectiva al parque de Invierno; eso sin contar el efecto de barrera.

Al propio tiempo, el hábitat rural integrado en una economía mixta se transforma radicalmente por la expansión de la residencia suburbana, con carácter de alojamiento secundario o más frecuentemente principal. La construcción masiva de chalés, y en mucho menor grado colonias de adosados, sigue preferentemente las direcciones norte (Fitoria, Naranco), Oeste (Las Caldas, San Claudio) y Mediodía (La Bolgachina, La Manjoya), salpicando el praderío. La generalización del cemento para cerrar fincas, y el empleo de tipologías arquitectónicas inadecuadas, hacen que el resultado de esa urbanización difusa deje bastante que desear. ■

Sergio Tomé Fernández
*Profesor Titular
 de Análisis Geográfico Regional
 Universidad de Oviedo*